LO POLÍTICAMENTE CORRECTO
UNA REVOLUCIÓN SEMÁNTICA

POR

JAVIER BARRAICOA

Hablar de corrección política se ha convertido en uno de los temas habituales de las tertulias políticas o de las columnas periodísticas. Pero lo políticamente correcto no es tanto una moda norteamericana sino que atiende a una produnda transformación de la cultura política que están sufriendo las sociedades occidentales (1). Podríamos hablar de una verdadera revolución intangible, apenas perceptible y que ha alcanzado lo más profundo de las conciencias. Hasta ahora las ideologías se imponían por la propaganda o la fuerza y la censura externa. Sin embargo, el lenguaje políticamente correcto ha logrado la autocensura en el uso del lenguaje y, por tanto, del propio pensamiento. Como lo afirma Hannes Mäder: "todo el que pretenda imponer su dominio al hombre, ha de apoderarse de su idioma". Así, los defensores de la corrección política se han transformado en agentes de una denominación lingüística que lleva a una dominación intelectual.

El origen de lo "políticamente correcto"

El origen de lo *políticamente correcto* coincide con el fracaso de las ideologías de izquierdas a la hora de racionalizar la igualdad social. El marxismo ideológico dominante en la intelec-

(1) La corrección política se inicia en Estados Unidos, en los años 80, y por influencia mediática llega a Europa. Tomo como guía de esta exposición las ideas de Robert Hughes expresadas en su obra *La cultura de la queja*, Anagrama,

tualidad europea durante decenios, a lo largo del siglo XX, fue incapaz de alcanzar a buena parte de los sectores sociales de la cultura norteamericana. A principio de los 90 el *Higher Education Research Institute* de la Universidad de California realizó una encuesta entre 35.000 profesores en 392 escuelas. Sólo un 4,9 por ciento de profesores se consideraba "izquierdistas" frente a un 17,8 por ciento que se proclamaba "conservador". Incluso en Berkeley, paradigma del radicalismo de izquierdas universitario, sólo un profesor entre 30 del departamento de sociología se consideraba a sí mismo marxista. Ello no quita que marxistas convencidos como Nicos Poulantzas, editor de *Presses Universitaires,* ante el fracaso de una gigantesca colección sobre marxismo al no encontrar autores marxistas en Francia, suspiraba poco antes de suicidarse: "nuestra única esperanza es América". En este contexto surgirá la corrección política en Norteamérica, en el seno de una intelectualidad izquierdista que veía cómo el dominio político de los 80 estaba en manos republicanas. El mundo de la cultura fue su reducto y desde ahí diseñaron la *corrección política* como un intento de imponer la igualdad social a través de la imposición de un lenguaje no discriminatorio. Con otras palabras, al no cuajar una revolución ideológica, ni mucho menos política, el izquierdismo norteamericano inventó una revolución semántica.

Esta revolución consistiría en la imposición de un lenguaje *políticamente correcto* que "eliminaría" las desigualdades sociales, profesionales, étnicas, de género, etc. Aunque la postura parece ingenua, ha resultado más eficaz que la revolución marxista ya que ha generado una obsesión por la igualdad y un control del pensamiento muy intenso. Lo *políticamente correcto,* a diferencia de ideologías explícitas, no tiene ideólogos reconocidos, ni militantes con carné, por eso no puede recibir ataques explícitos. Sin embargo, una amalgama de periodistas, políticos, lingüistas y pseudointelectuales han caído bajo su yugo, transformándose en apologetas prácticos de esta revolución semántica. Sin racionalizarlo, se han sometido a la dictadura del igualita-

---

Barcelona, 1994, en ella encontramos una de las primeras críticas contra la corrección política.

rismo. Tocqueville en *La Democracia en América* (1835) había analizado los efectos de la absolutización de la idea de igualdad en una sociedad democrática: "Los hombres no establecerán una igualdad con la que todos estén contentos... Cuando la desigualdad en la condición es ley común en la sociedad, las desigualdades más evidentes no saltan a la vista; cuando todo está casi al mismo nivel, las desigualdades más ligeras se notan tanto que causan dolor. De ahí que el ansia de igualdad sea mayor cuanta más igualdad hay". La obsesión por la igualdad, desde lo *políticamente correcto* se inicia como un discurso *legítimo* contra la discriminación social y acaba transformándose en un opresivo corsé intelectual que acaba deformando la comprensión de la realidad. Más aún, la aceptación de ese lenguaje obligará a la comprensión de la realidad en un sentido unidimensional y totalmente antinatural.

La generación de un lenguaje degenerado

George Orwell señalaba en *Politics and the English Language* la capacidad de la clase dirigente inglesa para, a través del lenguaje, transformar la impresión de la realidad sin variar la propia realidad. Así, la creación de un lenguaje políticamente correcto ha representado, en primer lugar, un atentado contra la naturaleza del propio lenguaje. Especialmente agresivo ha sido, en el mundo anglosajón, el asalto feminista a las entrañas del lenguaje contra todas las palabras que llevan el prefijo o el afijo *man* (hombre). Defiende este *lumpen* feminismo que las palabras compuestas con el *man* presuponen género masculino y, por tanto, discriminación. Así, para ellos, utilizar el término *Mankind* (humanidad) implicaría significar que las mujeres no son humanas. La palabra *Chairman* (presidente) es considerada como machista y, por tanto, debe ser sustituida por términos como *Chairperson* (persona silla). El gobierno australiano, por ejemplo, contagiado por esta cultura de lo políticamente correcto, ha redactado un libro de estilo de las publicaciones oficiales, donde se prohíbe el uso de palabras como *sportsmanship* (deportivi-

dad), *workman* (obrero), *craftsman* (artesano). El crimen de estas palabras consiste en contener el discriminador *man*. Se propone en dicho libro de estilo, por ejemplo, la sustitución de *statesman* (estadista) por el artifioso *statesperson* (persona-estado). Para los partidarios del lenguaje políticamente correcto no caben argumentos lingüísticos de peso, tal y como que la palabra *man* es neutro y se refiere tanto a hombres como mujeres. Tampoco valen argumentos contra la invención de innecesarios neologismos. Para los partidarios de lo políticamente correcto es preferible violentar el lenguaje que aceptar "discriminaciones" lingüísticas. Así, recientemente, un diccionario inglés inventaba la palabra *womyn* y la sustituía por *woman* (mujer). Designar a la mujer con el *woman* era "políticamente incorrecto". Casey Miller, una de las primeras lingüistas *no sexistas*, se quejaba de los "defectos" del inglés, pues prácticamente todos los nombres neutros los designa con la forma masculina, cosa que no ocurre en el castellano.

Sin embargo, en lengua castellana, los defensores de lo políticamente correcto han inventado —e impuesto— fórmulas para no usar el neutro, *v. gr.*, la presentación de las cartas: "Queridos/as alumnos/as". Usando argumentos para la lengua inglesa, pretenden hacernos creer que el castellano también es machista. Sin embargo, en la lengua castellana los sustantivos neutros derivados del latín se distribuyeron aleatoriamente entre masculino y femenino. El neutro latino del nominativo y acusativo plural, al terminar en "a", llevó a que muchas palabras, en castellano, terminen en "a" cuando se refieren a lo colectivo (forma femenina) y en "o" (forma masculina) cuando se refieren a lo singular; por ejemplo: leña-leño, banca-banco, etc. (2). Pero, como decíamos antes, el argumento lingüístico no es válido para los defensores de lo políticamente correcto. Algún radical e inconformista, ha propuesto que las fórmulas genéricas con forma masculina, tal y como "queridos amigos", sea sustituida por un nuevo e inventado neutro: "*querides amigues*". Otros más inteligentes, como el

(2) Este tema es tratado en RALPH PENNY, *Gramática histórica del español*, Barcelona, Ariel, 1993.

profesor y lingüista Álvaro García Meseguer, denuncian lo que denominan "salto semántico". Se debe, según este lingüista, evitar el uso del genérico con forma masculina (por ejemplo, *hombre*) pues: "se fomenta así en el subconsciente el fenómeno de identificación de la parte con el todo, el varón con la persona; y como secuela se produce la ocultación de la mujer". Ante este argumento, políticos y periodistas bajan la cabeza y no se les ocurre despreciar la corrección política no sea que alguien les acuse de machistas. Para mayor abundancia de ejemplos, sólo hay que leer los libros de estilo de diversos medios de comunicación para ver que de la corrección política se ha hecho una doctrina y una exigencia para todo profesional de los medios de comunicación (3).

La corrección política, como hemos señalado, se inicia en la cultura americana, y ésta, tradicionalmente, arrastra un problema racial. No es de extrañar que el siguiente asalto de lo políticamente correcto intentase eliminar las diferencias raciales. Para evitar discriminaciones raciales, a través del lenguaje, se impuso a la población norteamericana la sustitución del término *gente de color*, propio del lenguaje blanco cortés, por el de *negroes*. Pronto *negroes* fue utilizado despectivamente y se propuso llamarles *blacks*. Asimismo *blacks* fue tomado despectivamente y, para combatir el racismo, se propuso transformarlo en *personas de color*, para culminar con el actual *afroamericano*. Consecuencia de esta corrección política es que una parte de los americanos blancos, en voz baja, se refieren a las *gentes de color* como *niggers* (negro en sentido despectivo). Para conseguir que los americanos no caigan en el racismo, los defensores del lenguaje políticamente correcto se dedican a "criminalizar" al blanco norteamericano recordándole lo inapropiado de utilizar la palabra *indio*. Así, el indio americano ha pasado a llamarse *nativo americano*. Por fin, ha desaparecido el blanco norteamericano para pasar a llamarse "caucásico americano". Llegando al delirio intelectual, en la Universidad de California se han hecho campañas contra frases normales como "*a nip in the air*" (fresco en el aire),

(3) Cfr., por ejemplo, ÁLEX GRIJELMO, *El estilo del periodista*, Taurus, Madrid, 3.ª edic., 1997.

pues el término *nip* es el despectivo de nipón. O contra el uso del término *chink* (grieta) pues coincide con el despectivo de *chino.* Periodistas e intelectuales españoles, auténticos esclavos intelectuales de la cultura norteamericana, han iniciado su particular campaña contra frases como: "trabajar como un negro", "hacer una judiada", "pasar más hambre que un gitano", etc. Pues todas ellas se consideran despectiva hacia otras etnias.

Evidentemente, la corrección política no podía detenerse ahí, y pronto alcanza otra desigualdad, la del sexo. Los movimientos pro homosexuales, para evitar una "criminalización" por parte de la sociedad, impusieron el uso de la palabra "gay". La absurdez de lo políticamente correcto ha llevado a que nadie se preocupara por las aberraciones lingüísticas de estos cambios. El término "gay" había sido rescatado del argot criminal del siglo XVII que designaba la persona que se dedicaba a "prostituirse o vivir del cuento". Hoy el término *gay* se utiliza como la expresión correcta, pues se considera que *homosexual* es ofensivo. En la cultura homosexual se ha puesto de moda, también, el término "homofóbico" como despectivo hacia los que rechazan a los homosexuales, sin tener en cuenta que la palabra "homofobia" se refiere a un trastorno patológico sufrido por una obsesión hacia la homosexualidad fruto de reprimir el terror a que uno mismo sea homosexual. Actualmente se utiliza contra todo aquél que ponga el más mínimo reparo a la homosexualidad. Estas prohibiciones y deformaciones del lenguaje, evidentemente, no causan la más mínima transformación de la realidad. En Estados Unidos, durante la Administración Carter, se decidió denominar a los paralíticos como "disminuidos físicos" suponiendo que así se eliminaba la discriminación. El cambio de nombre no les concedió mayor capacidad de movimiento.

De lo políticamente correcto al eufemismo sistemático

La extensión de lo políticamente correcto hoy se ha convertido en una demencial ocultación de la realidad a través del lenguaje eufemístico. En el argot empresarial se inventó la "retirada

de valores" para designar el hundimiento de la bolsa en 1987 o el de "redimensión empresarial" para designar los despidos masivos. Una cuidada utilización del lenguaje puede llegar a configurar una interpretación de la realidad siempre positiva y al servicio del mito del progreso. Por ejemplo, los economistas nos hablan de "crecimiento negativo", con ello se transmite la idea que la economía siempre crece, aunque a veces de forma negativa; o del "crecimiento cero". También se nos habla del "comportamiento de los precios", para significar que nadie es responsable de la inflación, salvo los *precios* que se comportan inadecuadamente; o de la "flexibilidad de plantillas" para designar un despido barato. En el ámbito militar, la guerra del Golfo sirvió para acuñar expresiones eufemísticas que se han hecho famosas, para definir las acciones de los aliados occidentales: "atender un objetivo" para significar un bombardeo masivo; "daños colaterales" para designar a víctimas civiles; "salidas" para designar los bombardeos de aviación; "segundas visitas" para los segundos bombardeos. En cambio, las fuerzas iraquíes realizaban "bombardeos" y causaban "muertos".

En las democracias occidentales hemos visto desaparecer los "carceleros" para ser sustituidos por "funcionarios de prisiones"; los "espías" por el "servicio de información"; los caseros por "propietarios de renta inmobiliaria"; los porteros por "empleados de fincas urbanas"; los basureros por "especialistas en tratamiento de residuos sólidos"; los casinos de los pueblos por "Centros rurales polivalentes" y las chabolas —como señalaba un concejal del ayuntamiento de Madrid— por "módulos horizontales de tipología especial". La utilización sistemática del eufemismo ha conseguido que nuestra sociedad democrática sea visionada como una sociedad en la que ya no existen profesiones "oscuras" como carceleros, porteros, caseros o basureros. Todo es democráticamente higiénico y sin discriminaciones. Incluso han desaparecido las prostitutas para ser sustituidas por "masajistas", aunque ello haya obligado a las masajistas a denominarse fisioterapeutas y a los fisioterapeutas —escandalizados— a denominarse "digitopuntores", para que no les confundan.

Si bien las diferencias profesionales son transformadas sutilmente con la transformación de la denominación, parecería im-

posible intentar disimular realidades más patentes como la muerte. Pero la corrección política puede con todo. Se ha convertido en un "pecado" políticamente incorrecto afirmar la existencia de la muerte. En los libros de estilo de diversos medios de comunicación se prohíbe informar sobre los suicidios siempre y cuando no vayan acompañados de otro fallecimiento (por ejemplo, si mata a un familar antes de suicidarse). La palabra "enfermedad" se transforma en "patología"; la "angustia de la muerte" se transforma en "dolor terminal"; un accidente mortal en "lesiones incompatibles con la vida". La eutanasia se confunde con el "derecho a la decisión final" o el "aborto por interrupción voluntaria del embarazo" o, para no dar más pistas, por "IVE".

La culpabilización social

La determinación de lo que es *políticamente correcto* ha generado, indirectamente, la configuración de la diferencia. Si lo políticamente correcto se diseñó para alcanzar la igualdad social eliminando la discriminación, la igualdad pretendida sólo genera diferencias manifiestas. Es lo que se ha denominado *discriminación positiva*. Un ejemplo lo encontramos en la siempre progresista Universidad de Berkeley donde se constató que sólo un 4% de los negros que solicitaban una plaza en dicha universidad lograron superar las pruebas. Con tal de conseguir la igualdad de oportunidades Berkeley cambió las normas de admisión. De los 8.000 puntos que se exigían en las pruebas a un blanco, un estudiante de raza negra sólo necesitaba 4.800 y un asiático 7.000. Esta discriminación positiva, aceptada por la progresía norteamericana, ha servido para dar argumentos a aquellos que defienden la supremacía de la raza blanca y sitúa a la etnia negra como inferior, o bien para "culpabilizar" al estudiante blanco de ser blanco. Una prolongación de la discriminación positiva la encontramos en el mundo laboral. En Estados Unidos se han desarrollado varias leyes en el siguiente sentido. Ante la igualdad de condiciones de varios aspirantes a un trabajo, el empresario, en algunos Estados, está obligado a contratar al que sea mujer, o al

perteneciente a una minoría étnica. En otro orden de ejemplos encontramos una discriminación positiva hacia aquellas formas de relación sentimental que no sea el matrimonio. De hecho, en muchas grandes empresas cuando, en una comida o cena invitaban a las mujeres de los ejecutivos, éstos recibían su invitación con el texto siguiente: "Se le invita a Vd. y su esposa". Ante el miedo que se pudiera discriminar a los que convivían sin estar casados, se sustituyó el texto por "Se le invita a Vd. y a su compañera". Pero ante el pánico a que se discriminara a los homosexuales, el texto ya ha sido cambiado por "Se le invita a Vd. y su pareja". Estamos ante una discriminación positiva hacia los homosexuales y una sutil culpabilización del matrimonio.

Igualmente, para garantizar la igualdad de derechos de los no fumadores se ha creado una legislación que discrimina a los fumadores a escasos reductos espaciales. El derecho a no ser acosado sexualmente en el trabajo ha llevado a que la legislación en California considere acoso sexual mirar más de 20 segundos seguidos a alguien en el trabajo. Así, poco a poco, la legislación se está adecuando a lo políticamente correcto y entreteje una telaraña de normas que culpabilizan a los miembros de la sociedad. En Estados Unidos la cantidad de denuncias por acoso sexual se ha triplicado, pasando de cinco mil, en 1994, a dieciseis mil este último año. La liberación de los discriminados exige la hipernormativización del comportamiento social. La nueva liberalización de las costumbres debe acompañarse de normas estrictas en todos los ámbitos sociales. De ahí el incremento de casos por acoso sexual en Estados Unidos, no porque cada vez haya más acosadores, sino porque aumenta la estricta normativa que define "nuevas formas de acoso". Esta dictadura de la ley, como afirma Ehrenberg: "tiene como consecuencia que el individuo soporte responsabilidades cada vez más pesadas, que se agote psicológicamente en autocontroles permanentes" (4).

Esta psicología de la autocensura y de la configuración de grupos sociales negativizados corresponde a la cultura protestan-

(4) ALAIN EHRENBERG, *Le harcèlement sexuel. Naissance d'un délit*, Esprit, nov. 1993.

te. Por ello, no es de extrañar que la corrección política haya arraigado en la sociedad norteamericana. Como orientación para entender esta relación, podemos remitirnos a la famosa obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde se intenta analizar el capitalismo como efecto secundario de una ética fruto del dogma de la predestinación. Paradójicamente, la progresía norteamericana no ha podido desprenderse de esta connotación de la cultura norteamericana forjada en el puritanismo más atroz capaz de buscar signos sociales de los predestinados a la salvación y los predestinados a la condenación. En un orden naturalizado y secularizado, los defensores de la corrección política representan a los nuevos apóstoles que determinan quién se ajusta al "escogido", el hombre-mujer políticamente correcto y quién está fuera de esta ciudadanía perfecta (normalmente el varón, blanco, casado y fumador).

Conclusión

A modo de breve conclusión, decir que la corrección política también debe entenderse como un intento de una elite social progresista de imponer su "estilo" de vida al resto de la sociedad. El modelo de ciudadano propuesto por la corrección política no corresponde al hombre medio de la sociedad occidental. Esta disociación entre las elites progresistas y la sociedad ha sido ampliamente estudiada por Christopher Lasch en su obra *La rebelión de las elites*. De ella extractamos un párrafo muy sintético y significativo: "Las masas no sólo han perdido todo interés por la evolución; se puede demostrar que sus instintos políticos son más conservadores que los de sus autonombrados portavoces y supuestos liberadores. Después de todo, son las clases obrera y media-baja las que favorecen la limitación del aborto, se aferran a la familia con dos padres como fuente de estabilidad en un mundo turbulento, se resisten a experimentar con *estilos de vida alternativos* y tienen reservas sobre la acción afirmativa y otras empresas de ingeniería social a gran escala... Mientras los jóvenes profesionales se someten a un arduo programa de ejercicio

físico y control dietético destinado a mantener a raya la muerte —a mantener en un estado de juventud permanente, eternamente atractiva y casadera—, la gente corriente, por el contrario, acepta la decadencia del cuerpo como algo contra lo cual es más o menos inútil luchar... (a) los liberales de clase media-alta, incapaces de comprender la importancia de las diferencias... les cuesta entender por qué su concepción higiénica de la vida no suscita un entusiasmo universal. Han puesto en marcha una cruzada para volver más sana la sociedad americana: para crear un "ambiente sin humo", para censurarlo todo... Cuando encuentran resistencia frente a estas iniciativas, muestran el odio venenoso que se esconde tras la cara sonriente de la benevolencia de la clase media-alta... En el calor de la discusión, les es imposible ocultar su desprecio por los que se niegan testarudamente a ver la luz; por los que *sencillamente no se enteran,* según la jerga autosatisfecha de la rectitud política" (5). Así, los partidarios de la corrección política que se presentan como liberadores de los discriminados, acaban por imponer de forma intolerante su estilo vital e intentan legitimarlo democratizando sus vicios y errores intelectuales.

---

(5) CHRISTOPHER LASCH, *La rebelión de las elites, y tración a la democracia,* Paidós, Barcelona, 1996.